

Neoconservadurismo y geopolítica: un caso autóctono

GRUPO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS: *¿Qué piensan los «neoon» españoles? Veinte años de análisis estratégico*, Ciudadela, Madrid, 2007, 272 págs.

El Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) se creó en 1987 y agrupa el trabajo de personas procedentes del mundo académico, del militar, de la empresa privada y de profesiones liberales que se dedican todos al análisis estratégico. Para conmemorar sus primeros veinte años de existencia, lanzaron a principios de 2007 una recopilación de los textos y estudios más representativos de sus miembros ordenados cronológicamente bajo el título *¿Qué piensan los «neoon» españoles? Veinte años de análisis estratégico*. El libro pasó más bien desapercibido, pese a ser un texto muy revelador de un modo de pensar (el neoconservadurismo) que hoy está en vías de reformulación (1). La discusión crítica de sus presupuestos histórico-intelectuales, antropológicos y epistemológicos es el objetivo del presente ensayo.

I. PRECISIONES CONCEPTUALES: NEOCON Y REALISMO

En la introducción al libro, Rafael L. Bardají define al GEES como un *think tank*, «una organización que produce ideas e intenta contribuir al debate público para mejorar la toma de decisiones y las decisiones mismas» (pág. 7). Desde esta plataforma, los miembros del GEES dicen defender sus ideas pro-USA, pro-Israel y pro valores de Occidente porque «nosotros sí creemos en las ideas y en la necesidad de combatir la influencia y persistencia de las malas ideas» (pág. 20) y porque si es cierto, como sostenía el conservador Richard Weaver, que las ideas tienen consecuencias, entonces hay que dar la batalla por las *ideas correctas* (págs. 268-269).

El propio Bardají se ocupa de aclarar cuáles serían esas *ideas correctas* al final del libro, donde escribe que los *neoon* no son más que «realistas con principios» que se deben preservar e incluso expandir. ¿Cuáles? Aquéllos «que garantizan la dignidad de la persona, la libertad del individuo, su afán de mejorar y prosperar, su responsabilidad social, su derecho a vivir y expresar su fe y su obligación de comportarse ética y moralmente». Los *neoon*, continúa, no son militaristas, pero no renuncian a los ejércitos si es la única forma de garantizar la manera en que vivimos. No creen en la guerra, porque

(1) DAVID y VALLET (2008).

la guerra es una institución social y «no nos dan miedo las amenazas, nos da miedo la debilidad» (págs. 265-266).

El libro no es una simple exposición del *corpus* doctrinal básico del movimiento neoconservador, sino que incluye apuntes sobre su historia, gestación y visión del mundo de hoy. Así —al igual que Russell Kirk cuando afirmaba que el conservadurismo no es una ideología sino una actitud— en «Una visión neoconservadora del mundo de hoy», Bardají explica que propiamente no hay una doctrina del neoconservadurismo sino neoconservadores, entre los que pueden distinguirse tres generaciones: la de los años 60-70 (que trabajó en cuestiones culturales y sociales), la de los 80 (ocupados en política internacional) y la de los 90 (defensores de la expansión de la democracia) (págs. 29-31). Esto vale, sobre todo, para los *neocon* estadounidenses. En Europa, termina Bardají, el neoconservador reacciona también contra el secularismo, el relativismo moral, la arreligiosidad, la desvalorización de la vida y la despreocupación por las generaciones venideras (pág. 39).

Ahora bien, lo dicho hasta ahora no está exento de crítica. Para empezar, la definición de *think tank* ofrecida requiere de alguna precisión. Las «fábricas de ideas» empezaron a *funcionar* a principios del siglo xx y, ciertamente, su cometido es proporcionar ideas a las autoridades políticas, pero hoy en día —a la vista del hundimiento de EEUU en Irak y en todos los asuntos cruciales de Oriente Medio— es dudoso que estas organizaciones hayan ayudado a *mejorar* las decisiones en un sentido holístico, porque, como ha escrito Droz-Vincent, «aunque estas fábricas se dedican a poner en circulación nuevas ideas, no son de un tipo que renueve el debate» (2). Y es que el tipo de informes y artículos breves y contundentes que actualmente producen las fábricas de ideas, «presentadas según una lógica mecánica de consecuencias impecablemente imbricadas» (3), no contribuyen tanto a la toma de decisiones mejores, cuanto a la toma de decisiones drásticas, como ya vio Hannah Arendt.

Para contribuir al debate público, no basta con producir ideas y lanzarlas al debate público vía *web* o TV digital. Hay que contrastarlas y ponerlas en juego con quien piensa distinto, pues si no hay contestación, crítica o disenso —como ha repetido Cass Sunstein (4)— los miembros de un grupo deliberativo tienden hacia una versión más extrema de sus creencias pre-deliberativas (5), lo que en el libro resulta especialmente lastimoso en el interesan-

(2) DROZ-VINCENT (2009): 64.

(3) DROZ-VINCENT (2009): 61.

(4) SUNSTEIN (2000, 2002).

(5) TALISSE (2005): 194-195.

te pero tendencioso artículo «Negociar con ETA, apaciguar la Historia», de Óscar Elía Mañú (págs. 198-206). Es cierto que el objetivo final de las fábricas de ideas no es tanto el fomento de la investigación y discusión sino la influencia en la toma de decisión por parte de altos cargos que, habitualmente, no tienen demasiado tiempo para leer o pensar. Pero precisamente por ello les compete que los textos producidos vengan precedidos de una dilatada exposición al debate y la experiencia, pues —al margen de la efectividad que pueda suponer el tener una identidad propia perfectamente definida— los grupos de opinión homogénea son epistémicamente inestables, esto es, tienden a moverse a la versión más extrema de la postura mantenida.

Una segunda precisión tiene que ver con la auto-definición que Bardají da del *neocon* como «un realista con principios». Realismo es un término polisémico. En Filosofía, se dice que el *realismo* corresponde a «la actitud que se atiene a los hechos tal como son sin pretender sobreponerles interpretaciones que los falsean o sin aspirar a violentarlos por medio de los propios deseos»; mientras que el *idealismo* sería toda doctrina —y toda actitud— «según la cual lo más fundamental, y aquello por lo que deben regirse las acciones humanas, son los ideales —realizables o no, pero casi siempre imaginados como realizables» (6). En política exterior, el *realismo* se traduce por *aislacionismo*... pero lo que ha caracterizado a los *neocon* desde los años 90 es justamente el *idealismo* de sus propuestas, la creencia en que sólo la hegemonía de EEUU y la generalización del *ideario* democrático podrán asentar un sistema internacional pacífico. Pero resulta que, por definición, el *idealismo* es propio del universalismo racionalista y expansivo de izquierda. ¿Cuál es el sentido, entonces, de hablar del *neocon* como de «un realista con principios»? En realidad resulta una definición confusa, porque debería decir «*idealista* con principios», en tanto y cuanto es el *idealismo* lo que caracteriza a una política intervencionista como la que han seguido ciertos gobiernos conservadores de EEUU y Europa en los últimos años...

...Empero, sustituir «*realista* con principios» por «*idealista* con principios» implicaría admitir que hay en los *neocon* un origen izquierdista, cosa que reconoce el libro. El origen de los neoconservadores estadounidenses, de hecho, está en un grupo de intelectuales demócratas que «migraron» al partido republicano en desacuerdo con los demócratas sobre la URSS y la política interior y que aportaron a los republicanos la tradición demócrata del internacionalismo wilsoniano junto con la convicción de que hay que reorganizar el mundo, ayudando a implantar sistemas liberales y utilizando la fuerza si fuera necesario.

(6) FERRATER MORA (1975): 359 y 202.

Pero no es esto lo más interesante de la dialéctica *realismo/idealismo*, sino el peso que otorga cada corriente al «interés nacional» del Estado. Tal como advierte Florentino Portero en «Estados Unidos y Europa ante un nuevo escenario estratégico», «para la escuela neoconservadora no es posible realizar un análisis objetivo sobre cuál es, o no es, el auténtico interés del Estado, fundamento de la posición de los realistas». Por eso, para el *neocon*, no ha de consultarse a la ciudadanía —cuya opinión es cambiante e influenciable— sobre política exterior sino que debe deducirse de los principios y valores presentes en la política interior —que, en principio, son o deberían ser más permanentes—. Esto es, «negando el carácter autónomo del interés de Estado como fundamento de la política exterior, se busca asentar ésta en los principios y valores que dan sentido al ordenamiento social» (págs. 129-130). Por este motivo, los *neocon* están más dispuestos a introducir consideraciones morales e ideológicas —e incluso utopistas— en sus decisiones sobre política exterior, mientras que los realistas «creen que la política exterior debe tratar con el mundo tal como es *realmente*, en lugar de apoyarse en quimeras o dogmas ideológicos» (7).

En todo caso, la definición de *neocon* como «realista con principios» sigue resultando confusa porque, como toda etiqueta, pretende agrupar ámbitos muy distintos. Así, mientras no cuesta entender que el neoconservadurismo *made in USA* es una ideología de post-izquierda kantiana, su traslado a la realidad española no es nada obvio, básicamente porque los *neocon* españoles están lejos de proceder de la izquierda real —si bien, al provenir muchos de ellos del liberalismo, comparten el utopismo típico de los progresistas—. Lo que sí puede sacarse en claro de esta discusión es la virtualidad y éxito de las etiquetas *realista/idealista*, que califican a las políticas gubernamentales por sus actuaciones concretas y no por su adscripción ideológica o partidaria.

II. UN MODELO DE RACIONALIDAD ANGOSTO

En la misma línea de acierto, para quien esto escribe lo mejor del libro se encuentra en su primera parte, centrada en el análisis de la política de bloques durante la Guerra Fría, la explicación del concepto de disuasión y el bosquejo de las potencias nucleares emergentes. En «¿Qué es disuasión? (Relaciones internacionales antes de la caída del muro de Berlín)», Manuel Coma aclara que la disuasión sólo funciona cuando se acepta el supuesto bá-

(7) WALT (2008).

sico de que el rival posee una racionalidad utilitaria, esto es, que «el disuadido debe estar en condiciones de calcular fríamente los costos y los beneficios de su planeada agresión» (pág. 48).

Ahora bien, conviene tener en cuenta que la disuasión es ante todo un fenómeno psicológico, pues «el disuasor trata de actuar sobre la mente de su enemigo, modificar su cálculo coste-beneficios para que le resulte negativo». ¿Qué es lo que disuade al oponente? Depende. Puede ser la tecnología militar, la naturaleza política del potencial agresor, el balance de fuerzas o la situación internacional. Pero más importante que la *fuerza militar* es la *credibilidad de la represalia*, en tanto que «la credibilidad es en la mente del agresor una probabilidad. Si es cero, la disuasión también lo es. Pero si las fuerzas existen, la credibilidad nunca puede ser cero. Por muchos que sean los frenos que bloquean su uso, lo cierto es que si existen pueden ser usadas. Toda arma, no digamos ya la nuclear, contiene en sí misma una capacidad implícita de amenaza que puede ser llamada disuasión existencial» (págs. 48-50). Para Coma, en resumen, la disuasión presupone una racionalidad utilitaria, necesita de una capacidad *real* de amenazar y, para ser eficaz, debe comunicar sus intenciones y ser creíble (págs. 51-52).

Este modo de afrontar las relaciones internacionales sufrió dos vuelcos, uno a principios de los noventa y otro al comenzar el nuevo milenio, dilucidados en la segunda y tercera partes del libro.

En efecto, ¿qué ocurre cuando uno de los adversarios se desmorona? Que entramos en un nuevo escenario, donde ya no se perciben peligros sino «riesgos y retos». La disuasión tuvo sentido mientras el mundo se organizó en bloques, pues el orden bipolar USA-URSS fue, a la vez, un orden *global*—todo espacio era liberal o socialista—. Ahora bien, como explica Bardají en «España en el nuevo entorno estratégico», el mundo «salió en 1989 de un sistema de estabilidad inestable para adentrarse en un universo donde lo único estable parece ser la inestabilidad» (pág. 72). El nuevo orden de los 90 era un orden *desordenado*, propio de un mundo *post-estratégico*, donde la defensa no es prioritaria porque hay guerras, sí, pero no ponen en peligro las relaciones entre los países pues se dan en «estados fallidos». Un orden propio de un mundo *post-global*, donde conviven naciones integradas e interdependientes en un mercado global y un mundo que se queda atrás en la evolución tecnológica. Un mundo con una mentalidad *post-heroica* en el uso de la fuerza militar, que apoya la guerra sólo si hay evidencia de una causa justa, si los medios son proporcionados, si dura poco y si no causa muertos (págs. 92, 98-100). Y un mundo *post-nuclear*, donde el poder no está en proporción directa al número de misiles y cabezas nucleares, lo que conlleva nuevos problemas, porque la disuasión se basaba en la racionalidad, pero

«en una fase de «posnuclearidad» [...] el recurso al arma atómica se juzga desproporcionado y condenable. Precisamente por estas vacilaciones nucleares, las armas atómicas resultan muy atractivas para los países prenucleares, puesto que con ellas pueden ejercer una fuerte disuasión sobre los disuadibles, los occidentales, quienes... cada día tienen menos valor para ejercer sus capacidades disuasorias» (pág. 87).

¿Y qué ocurre cuando el adversario no comparte el modelo de racionalidad utilitaria en que se basa la disuasión? Que se convierte en un enemigo indisuadible, como el terrorismo de masas y estratégico, planificado para acabar con miles de vidas, y cuya amenaza —escriben Bardají e Ignacio Cosidó en «Implicaciones estratégicas del 11 de septiembre»— es creíble y posible, hasta el punto de que «desde el 11-S la sensación de exposición y vulnerabilidad no se basa en escenarios e hipótesis más o menos artificiales, sino en la dura realidad» (págs. 106-107). Dado que el terror islámico global no considera la negociación —prosigue Bardají en «Del 11-M y la guerra contra el terror»— no se puede disuadir y no puede apaciguarse (págs. 164-166), el mundo avanzado sólo puede defenderse de dos maneras. En el terreno local, con la *prevención* de nuevos atentados y, en caso de que ocurran, la gestión de emergencias. El conocimiento, la inteligencia, el aparato policial y el esfuerzo por impedir que los terroristas gocen de impunidad en sus movimientos y contactos son las herramientas de las que hoy disponen las naciones occidentales para prevenir atentados. En el plano internacional, los Estados pueden defenderse del terror con la *represalia*, esto es, con la posibilidad de que las Fuerzas Armadas persigan y golpeen al terrorismo donde esté, y luchen contra los estados o parte de los estados que apoyan políticamente el terror, así como contra las condiciones que promueven el terror islámico (que, como señala Bardají, no se reducen a la pobreza, sino que abarcan la corrupción política, la falta de democracia, el estatismo económico y el rechazo religioso a la modernidad) (págs. 111-112, 168-172). Entre ambas medidas se encuentra el polémico recurso a la *acción anticipatoria* (o preventiva, para entendernos), que estrictamente no es un modo de represalia sino de prevención, llevada a cabo no en el plano nacional sino en el internacional.

Como puede verse por lo expuesto hasta aquí, se trata de una descripción muy acertada de la evolución de la política mundial en los últimos sesenta años. Y, si bien la parte centrada en la disuasión tiene un valor eminentemente histórico, es fácil advertir que aquella dinámica utilitaria ha dejado poso en el análisis geopolítico actual, donde se tiende a concebir la racionalidad humana en política exterior como un asunto de mero cálculo. Ahora bien, ¿es ésta la única racionalidad aplicable en geopolítica? Theodor W. Adorno

y, sobre todo, Max Horkheimer ya criticaron muy duramente este modelo de racionalidad *instrumental*, donde la razón es concebida no como un dato objetivo presente en *toda* la realidad (a saber, su inteligibilidad), sino como una capacidad subjetiva de calcular los medios correctos o adecuados para obtener ciertos fines propuestos... sin examinar críticamente la legitimidad u objetividad de estos fines. Así ocurre con frecuencia en *¿Qué piensan los «neocon» españoles?*, donde se habla mucho de «nuestro lugar en el mundo», la defensa de principios y la protección de intereses... sin aclarar cuál sería ese lugar, ni justificar suficientemente esos principios e intereses. Curiosamente, cuando sí se explican los fines de la política exterior expansiva e intervencionista que teóricamente defiende el *neoon*, se los justifica refiriéndose al afán *civilizador* de EEUU (pág. 123), pero no se extiende este argumento al ideario *neoon* ni al conservadurismo hispánico. Quizá por un cierto temor, no hay en los textos del GEES una mayor explicitación en cuanto a los fines que debiera perseguir una política exterior *neoon* española, lo cual contrasta notablemente con la claridad con que los presidentes estadounidenses a lo largo del siglo xx han declarado sus intenciones expansionistas —sobre todo en lo económico y en lo moral— y a favor de un orden mundial estable.

El problema de no examinar críticamente los fines es que, entonces, «la aceptabilidad de ideales, los criterios para nuestros actos y nuestras convicciones, los principios conductores de la ética y de la política, todas nuestras decisiones últimas, llegan a depender de otros factores que no son la razón» (8) y que, en última instancia, acaban por simplificarse en uno: el interés egoísta, a veces presentado bajo la forma del desarrollo técnico y otras, directamente, como fines caprichosos y subjetivos que, en todo caso, son acríticamente aceptados como única vara de medir la bondad y maldad de ideas, actos y proyectos.

Pero aceptar esto resulta enormemente problemático. En primer lugar, alzar la consecución del interés subjetivo —personal o nacional— por encima de otras consideraciones en la búsqueda del bien elimina un factor de cohesión social (9) y, cabría añadir, *mundial*. Además, no puede haber creatividad en el cálculo, porque cuando la racionalidad se reduce a un mero contenido de la razón, entonces algo que es particular (el interés egoísta) ocupa el sitio de lo general y desde ahí se pasa a juzgar *todo* instrumentalmente, subjetivamente y... automáticamente (10). Esto ocurre porque el pla-

(8) HORKHEIMER (2007): 19.

(9) HORKHEIMER (2007): 29.

(10) HORKHEIMER (2007): 31.

cer, la gratificación o el éxito subjetivo, *a priori*, parece que se buscan por sí mismos, cuando en realidad son fines inciertos, cuya maximización es difícilmente objetivable y, por tanto, es difícil que generen admiración o sorpresa. Además, los deseos e intereses humanos no son algo fijo sino variable y, por tanto, es dudoso que la geopolítica deba basarse en un modelo antropológico y ético como éste, utilitarista y consecuencialista, que implica la maximización de un cierto valor o de unas ciertas consecuencias (las que *nos* convienen) por encima de la comprensión crítica de estos valores y repercusiones.

Quizá el haber llegado a este punto en geopolítica tenga mucho que ver con el secularismo rampante y la difusión de un modelo de racionalidad dominadora de la realidad contra el que, en teoría, luchan los *neocon* en su crítica del ateísmo y la Modernidad (y a veces con mucha brillantez, como Mañú en «Benedicto XVI: fe, razón, terrorismo», págs. 249-259). Pero el caso, como muy agudamente ha visto Horkheimer, es que «cuando estaban vivas las grandes concepciones religiosas y filosóficas, los hombres pensantes alababan la humildad y el amor fraterno, la justicia y el sentimiento humanitario, no porque fuese realista mantener tales principios», ni porque muchos creyeran en ellos, ni porque fueran expresión de deseos subjetivos ni tampoco por su permanencia en el tiempo.

Se atían a tales ideas porque percibían en ellas elementos de la verdad, porque las hacían armonizar con la idea del *logos*, bajo la forma de Dios, de espíritu trascendente o de la naturaleza como principio eterno. No sólo se entendía así a las metas supremas, atribuyéndoles un sentido objetivo, una significación immanente, sino que hasta las ocupaciones e inclinaciones más modestas dependían de una creencia en la deseabilidad general y en el valor inherente de sus objetos o temas (11).

La duda que todas estas consideraciones suscita es la siguiente: ¿realmente es el utilitario el único modelo de racionalidad posible en geoestrategia? Ciertamente, no es insensato abordar de este modo la auto-defensa y la expansión realizable. Pero la sola aplicación del cálculo puede llevar a resoluciones quizá técnicamente eficientes, pero de dudosa legitimidad o moralidad, como la «eliminación» de terroristas y dictaduras (págs. 33, 39, 186) que en el libro se promulga con relativa frecuencia. ¿No cabría la posibilidad de sustituir el análisis de coste-beneficios por la búsqueda de soluciones inteligentes? La única medida de este estilo que el libro propone se encuentra en la recomendación de Bardají de abandonar el *profiling* basado en la raza y

(11) HORKHEIMER (2007): 42.

adoptar el *profiling* basado en el comportamiento, y negar el apoyo social, cultural, financiero y religioso a los terroristas (págs. 168-169). Se echan en falta más ideas de este tipo y, sobre todo, se echa en falta una mayor seriedad a la hora de promulgar y justificar críticamente los fines que debiera perseguir una estrategia *neocon* o, sencillamente, una política exterior conservadora.

III. EL PROBLEMA DE LA IDEOLOGÍA Y EL FUNDACIONALISMO

Es probable que, ni con los mejores esfuerzos e intenciones, puedan los miembros del GEES proponer otras soluciones. Y es que, detrás de este singular *neoconservadurismo* español, no sólo hay un modelo de ser humano y de racionalidad. Hay también una concepción sobre el conocimiento —moderna— que reclama la seguridad de la verdad para sus conclusiones y soslaya que la política es el campo de la negociación y la rivalidad y un terreno abonado de opiniones particulares. De este modo, al concebir que la política debe ser algo así como «una concepción coherente, una ejecución inflexible» (12), revelan una mentalidad *racionalista* que busca las razones necesarias de todo hecho en un conjunto de principios autoevidentes o de fundamentos incommovibles y seguros.

En epistemología, esta tendencia se denomina *fundacionalismo* y consiste en la creencia de que el conocimiento, si ha de ser seguro, debe descansar en fundamentos ciertos, fijos e incorregibles que no requieren justificación. Por eso, para el planteamiento fundacionalista, cualquier sujeto —pongamos, por ejemplo, un gobernante, un militar o un diplomático— está justificado para creer en *p* —donde *p* podría ser una ley, una intervención militar o una idea del papel del propio país en el mundo— si y solamente si la creencia en *p* es una creencia fundante y segura, o bien si la creencia en *p* es una creencia no-fundante, pero apoyada en una creencia fundante.

En el libro abundan ejemplos de fundacionalismo en política exterior, concretamente cada vez que se afirma que una política exterior *neocon* debería apoyarse en certezas estables (pág. 24), en intereses nacionales (pág. 25), en principios válidos (pág. 188) y duraderos (pág. 209) o en un comportamiento previsible (pág. 156). Que la política exterior debería poder *deducirse* de los principios y valores en los que se basa una civilización concreta (pág. 129) también responde a un planteamiento fundacionalista.

(12) WALZER (2010): 31.

Tanto realistas como idealistas son conscientes de los problemas que esto acarrea —pues atarse a una política fundacionalista supone, hasta cierto punto, perder de vista el mundo real en favor de unas creencias privilegiadas— e intentan escapar de ellos. De algún modo, esto se insinúa en el prólogo de Javier Rupérez cuando, tras afirmar que el GEES desarrolla un modelo de política exterior «patriótico realista», escribe que se trata de un modelo flexible, «atento a los cambios de la realidad nacional e internacional» y *basado* en ciertas ideas, pero *no subordinado a ellas*. No obstante, no deja de recaer en el fundacionalismo cuando, a continuación, añade que dicho modelo está «idealmente anclado en convicciones firmes» como los valores de la democracia occidental, el Estado de Derecho, la combinación de las soberanías nacionales con los marcos multilaterales, intergubernamentales o supranacionales y la prevención de riesgos y amenazas a través de esquemas defensivos tanto en el plano nacional como internacional (pág. 26).

Los intentos de evitar el fundacionalismo parecen estar abocados al fracaso porque tanto idealistas y realistas están convencidos que la política exterior debe *basarse* en algo. Con demasiada frecuencia, en el campo de las relaciones internacionales prima una actitud de fiarse sólo de la razón, pero de una razón diseñadora, planificadora y *fundamentadora*. Así, los realistas acusan a los idealistas de ideólogos, por basar su política exterior en una «idea» de lo que debe ser el mundo (hegemonía de una potencia, democratización de Oriente Medio y del resto del mundo, etc.). Pero los idealistas también acusan de fundacionalismo a los realistas, por basar su política en unas presuntas leyes objetivas e intereses nacionales «innatos» e indiscutibles (como la seguridad, por ejemplo).

En realidad, la superación del fundacionalismo pasa por recuperar la dimensión activa del conocimiento, que es una actividad humana y que siempre puede ser corregido, mejorado y aumentado «sometiendo el propio parecer al contraste empírico y a la discusión con los iguales» (13). Por ello, más que un conjunto de fundamentos infalibles, lo que otorga seguridad al saber y al actuar humanos es una aproximación experiencial y multidisciplinar, esto es, que las operaciones humanas estén basadas en la naturaleza de las cosas (*operatio sequitur esse*), que las propuestas de actuación estén firmemente ancladas en la experiencia y que la sabiduría humana sea resolución razonable de problemas con los datos y teorías disponibles en cada momento (14). Además, como ha insistido Bernstein, abandonar toda pretensión de racionalidad infalible no implica la renuncia a hacer propuestas, distinciones

(13) NUBIOLA (2001): 52.

(14) NUBIOLA (2001): 57.

e iniciativas razonables. Es más, si entendemos que nuestras afirmaciones no descansan en fundamentos fijos pero que, a la vez, tampoco son decisiones gratuitas, es vital que éstas sean articuladas, debatidas y públicamente discutidas (15).

En el caso concreto de la política exterior, el fundacionalismo puede evitarse si se entiende que —a menos que se tenga claro y pueda justificarse cuál es la «misión» de un país en el mundo— los intereses nacionales son cambiantes, que la situación internacional es coyuntural y que el comportamiento exterior debe ser previsible... hasta que debe dejar de serlo. Y también si se abandona la pretensión de «deducir» las intervenciones militares o diplomáticas a partir de un grupo de pilares fijos, pues «las soluciones a los problemas prácticos que se presentan como deducciones irrefutables de unos principios terminan por revelarse como una reflexión improvisada del consenso social implícito en cada época» (16). Al igual que en otras áreas de la vida, en política exterior también debiera de primar la observación atenta, completa e insistente de los hechos por encima del razonamiento o de cualquier esquema que tuviéramos previamente en mente, pues «no podemos responder adecuadamente a lo que no percibimos adecuadamente» (17). Lo principal, por tanto, en geopolítica debería ser la atención al dato real antes que a la ideología, pues ésta propone «una solución final y de totalidad a los problemas sociales y políticos» sin comprender que éstos «necesariamente están vinculados a una circunstancia histórica determinada» (18).

Lo cual nos conduce de lleno al último punto. ¿Se puede hacer política sin ideología? Ciertamente, como motores del cambio, es muy probable que la ciencia, la producción y el intercambio hayan hecho más por el progreso material y el desarrollo de la Humanidad que cualquier ideología. Pero, en el corto plazo, la ideología es un poderoso encendedor y movilizador. ¿Cómo combinar, entonces, la búsqueda *activa* del bien común a la que la política está llamada con la renuncia a postulados ideológicos? A mi modo de ver, una acción política no ideológica pasaría por ser una acción transformadora, pero no basada en la simplificación ideológica, sino en la posesión de un criterio adquirido gracias al ejercicio de los hábitos de búsqueda de la verdad, tanto intelectuales (ciencia, sabiduría) como morales (veracidad, estudiosidad). Un político —o grupos de políticos— con criterio es alguien capaz de *ver-juzgar-actuar*; analizar en el plano de los hechos y en el de las ideas, y

(15) BERNSTEIN (1992): 839.

(16) INNERARITY (2002): 31-32.

(17) WIESELTIER (2009).

(18) RÚSPOLI (2001): 3.

mirar al futuro como algo por explorar y lleno de posibilidades. En este sentido, la alternativa a una acción política ideológica pasa por recuperar la dimensión de la actividad política como *servicio*, pues esto último sólo puede hacerse desde la libertad, todo lo contrario de la ideología, que presenta las cosas de un modo que obliga *por necesidad* a intervenir.

Quizá la mejor lección que podrían aprender los *neocon* tras sus derrotas electorales a ambos lados del Atlántico, es que es necesario volver a lo *con*, al conservadurismo que —como sostenían T. S. Eliot y Russell Kirk— es la negación de la ideología y la convicción de que los paraísos son celestiales, no terrenales (19). Frente a la utopía *neocon* de un Oriente Medio democratizado y un mundo global de intercambios económicos asegurados por el marco legal de estados liberales, el conservador, por definición, es anti-utópico.

Por eso, volver a lo *con* no es dar un paso atrás sino recuperar la verdadera esencia de una corriente, el conservadurismo, que cuenta con un buen plantel de pensadores —de Cicerón a Burke, pasando por Tomás de Aquino, Tocqueville, Acton o Hayek— y una rica tradición de pensamiento, donde se reúne la defensa del gobierno limitado, el reformismo, el respeto —que no la sacralización— por la tradición y las instituciones heredadas, el comunitarismo y la presencia de consideraciones morales en la cultura. Ideas, todas ellas, cuya persistencia y efectividad nadie ha podido, por el momento, desmentir con rotundidad.

IV. REFERENCIAS

- BERNSTEIN, Richard J. (1992): «The Resurgence of Pragmatism», *Social Research*, 59/4, págs. 813-840.
- DAVID, Charles-Philippe y VALLET, Élizabéth (2008): «Réquiem por los neoconservadores», en B. BADIE y S. TOLOTTI (dirs.), *El estado del mundo 2009: Anuario económico geopolítico mundial*, Madrid, Akal, págs. 45-48.
- DROZ-VINCENT, Philippe (2009): «¿Han fracasado los *think tanks* estadounidenses?», en B. BADIE y D. VIDAL (dirs.), *El estado del mundo 2010: Anuario económico geopolítico mundial*, Madrid, Akal, págs. 61-64.
- FERRATER MORA, José (1975): *Diccionario de Filosofía abreviado*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- HORKHEIMER, Max (2007): *Crítica de la razón instrumental*, La Plata, Terramar.
- INNERARITY, Daniel (2002): *La transformación de la política*, Barcelona, Península.
- NUBIOLA, Jaime (2001): «Pragmatismo y relativismo: una defensa del pluralismo», *Thémata. Revista de Filosofía*, 27, págs. 49-57.

(19) WALKER (2009).

- RÚSPOLI, Enrique (2001): «Nostalgia de los ideólogos», *ABC*, 24 enero, pág. 3.
- SUNSTEIN, Cass (2002): «The Law of Group Polarization», *The Journal of Political Philosophy*, 10/2, págs. 175-195.
- (2000): «Deliberative Trouble? Why Groups Go to Extremes», *The Yale Law Journal*, 110, págs. 71-119.
- TALISSE, Robert (2005): «Deliberative Democracy Defended: A Response to Posner's Political Realism», *Res Publica*, 11, págs. 185-199.
- WALKER, Bruce Edward (2009): «Eliot, Kirk and the Moral Imagination», *Religion & Liberty*, 18/3, págs. 9-10.
- WALT, Stephen M. (2008): «The Shattered Kristol Ball», *The National Interest Online*, septiembre-octubre, <<http://nationalinterest.org/greatdebate/neocons-realists/shattered-kristol-ball-3804>> [consulta: 28/12/2010].
- WALZER, Michael (2010): *Pensar políticamente*, Barcelona, Paidós.
- WIESELTIER, Leon (2009): «Washington Diarist: The Well-Wishers», *The New Republic*, 20 mayo, <www.tnr.com/article/washington-diarist-the-well-wishers> [consulta: 28/12/2010].

Juan Pablo Serra

Universidad Francisco de Vitoria, Madrid